

República, señor Carlos Andrés Pérez, igualmente propicie el traslado de los restos del símbolo de la Revolución venezolana y del Caudillo de la resistencia General Juan Pablo Peñalosa y Leonardo Ruiz Pineda, para que con los de Pedro María Morantes, ya descansando en San Cristóbal, concilien la unidad nacional con la verdad de la historia y reafirmen la honestidad, la capacidad y la reputación de los hombres de ayer y de hoy con la fe del pueblo venezolano.

Salud, Guillermo Morón, la reciedumbre y la frescura de la montaña son tuyas.

San Cristóbal, 23 de mayo de 1993.

LA VALIOSA CONTRIBUCION VENEZOLANA EN LA CREACION DE LAS FUERZAS ARMADAS ECUATORIANAS

Por DR. JORGE W. VILLACRÉS MOSCOSO

Cuando se escriba la Historia de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas, lugar destacado ocuparán los Oficiales venezolanos, que habían estado enrolados en el Ejército Español en Lima y, que fueron dados de baja por sus ideas independentistas. Como las autoridades españolas en el Perú habían ordenado que fueran castigados en el lugar de su nacimiento, estos tres patriotas: Capitán León de Febres Cordero, Capitán Luis Urdaneta y Mayor Miguel Letamendi, prefirieron quedarse a vivir en Guayaquil, ya que dadas sus magníficas prendas sociales estaban muy estimados en nuestro puerto principal. No pasaron muchos días cuando ya empezaron a conspirar con muchos patriotas de la localidad, que estaban cansados del yugo español.

Cierto día, el luisianés José de Villamil y su esposa la matrona guayaquileña Ana Garaicoa invitaron a sus amigos a un baile para ponerse de acuerdo acerca del modo y fecha en que debía estallar la Revolución. Cuando ya bailaban las parejas, los íntimos de Villamil juraron dar el golpe en un cuartito reservado que, para dar mayor solemnidad, le habían iluminado, por lo que le llamaron "La Fragua del Vulcano".

Parece que, por temor a ser descubiertos, los patriotas guayaquileños, conjuntamente con los venezolanos resolvieron adelantarse a la fecha fijada y determinaron dar el golpe el 9 de octubre de 1820. En esta fecha gloriosa, Guayaquil vio por primera vez el sol de la libertad. En la madrugada de aquel día, los próceres, entre los que se destacó Febres Cordero, se habían tomado todos los cuarteles, cuando su compañero Luis Urdaneta se tomó el Batallón "Daule", el Comandante de esta Unidad, llamado Magallar, cayó herido de muerte, porque quiso ser leal a la causa del Rey. Del choque de dos grandes intereses en pugna siempre tiene que saltar siquiera una chispa de sangre.

Después de muchas actividades en pro de la pacificación de la ciudad y dando vivas a la libertad por todas partes, terminó ese día grandioso, base principal de la libertad política.

Organización del nuevo orden de cosas

Así, como las Juntas patriotas, constituidas en Buenos Aires, Santiago de Chile y Caracas, el Gobierno surgido de la revolución del 9 de octubre tuvo también necesidad de contar desde los primeros momentos con una diplomacia.

Esta tenía, entre otras misiones, la de actuar como mensajera ante las demás organizaciones e instituciones revolucionarias, que se habían constituido, al mismo tiempo que sus personeros, debían de actuar en el seno de las mismas con el carácter de permanentes, a fin de estar al tanto de los acontecimientos que se producían a lo largo del Continente; y lo que es más aún, sirviera en un momento determinado de negociadora para requerir el apoyo en hombres, armas y respaldo financiero.

Y fue así, que tan pronto como se consolidó la revolución, la Junta de Gobierno de Guayaquil designó al General don José de Villamil y a don Miguel de Letamendi para que investidos con el rango de Comisionados fueran a bordo de la goleta "Alcance" a dar la buena nueva a la flota expedicionaria del Sur al mando de Cochrane.

Al mismo tiempo designó a los señores Francisco de Paula Lavayen y Capitán Mayor C. J. A. Muñoz, para que con igual carácter, fueran a informar sobre el golpe dado, por la vía de Tumaco, a Bolívar el primero de los citados y al Cuartel de la Expedición Libertadora que marchaba sobre Pasto, el segundo.

El envío de comisionados, en el caso de la Junta de Guayaquil revestía mayor trascendencia, que en los casos de las demás Juntas patriotas, en vista de que Guayaquil por su posición geográfica y por las circunstancias históricas que provocaron su revolución, se encontraba en el punto intermedio de las grandes corrientes libertadoras del Continente: la del Norte, dirigida por Bolívar y la del Sur, por San Martín.

Obtenida su independencia, Guayaquil debía de solicitar urgentemente el apoyo de cualquiera de los dos cuerpos expedicionarios o de ambos conjuntamente, para no caer de nuevo bajo el dominio español, muy fuerte aún en el Perú.

Por todas estas consideraciones, era imprescindible además que el Gobierno establecido en el puerto, actuara con gran sensatez y tino diplomático ante estas dos grandes influencias políticas, bien marcadas desde aquellos días en América; y que luego van a tener que enfrentarse en forma franca y directa, disputándose inclusive la ciudad, conflicto pacífico que en buena hora quedó solucionado mediante arreglos.

Mientras los comisionados señor Francisco de Paula Lavayen y Capitán Muñoz se dirigían al cuartel general de Bolívar establecido y le daban plena información de los acontecimientos ocurridos en Guayaquil, así como hacían entrega formal

de comunicaciones oficiales de la Junta; Villamil y Letamendi a bordo de la goleta "Alcance" salieron el 13 de noviembre y a los pocos días se avistaron con la similar "Montezuma" en las inmediaciones del Puerto de Pisco, que conjuntamente con las fragatas "Mackenna", "Aguila", "Consecuencia" y "Rosa" se encontraban en operaciones, destinadas a bloquear el puerto antes mencionado.

Antes de continuar relatando las incidencias de la entrevista entre los representantes de la Junta y el General San Martín, detengámonos por breves instantes en conocer el origen y el proceso de operaciones de la Expedición libertadora del Sur, en aguas del Pacífico.

Una vez que fue libertada Chile, por la acción directa y conjunta de San Martín y O'Higgins, los dos grandes capitanes de la liberación del Sur pensaron en el Perú.

Aunando esfuerzos Argentina y Chile se organizó una expedición, la misma que por decisión de O'Higgins la dirección de la misma fue confiada a San Martín y la escuadra a Lord Tomás Cochrane, inglés al servicio de la marina chilena.

El 20 de agosto de 1820 zarpó de Valparaíso la expedición, la que contaba de 4.430 hombres y la integraban 8 barcos de guerra tripulados con 1.600 soldados.

El Jefe del Estado Mayor de la expedición era el General Las Heras y actuaba como Edecán de San Martín el Coronel Tomás Guido quien había representado a la Junta patriótica de Buenos Aires, en Chile.

El 8 de septiembre desembarcó el ejército en la Bahía de Paracas y el 13 se establecía el Cuartel en Pisco, mientras Cochrane bloqueaba desde algunas semanas el puerto del Callao. San Martín se detiene por pocas horas y sigue luego rumbo al Norte para detenerse en Ancón donde encuentra el gran apoyo que le dio el Marqués de Torre Tagle con la sublevación operada en Trujillo.

Estas ventajas se fortificaron aún más con la defección del batallón Numancia, que, formado de colombianos dejó la bandera del Rey para alistarse en la Libertadora.

En esta circunstancia fue el encuentro entre la goleta "Alcance" y la flota de guerra comandada por Cochrane.

En un primer momento al avistar a la goleta guayaquileña les causó alarma, pues no la pudieron identificar bien los expedicionarios sureños y esto motivó para que se abriera fuego contra ella; pero luego calmado el nerviosismo de los primeros momentos e identificada su procedencia fue recibida con salvos.

La goleta llevaba además de Villamil y Letamendi, a los prisioneros presididos por el ex Gobernador de Guayaquil con la finalidad de entregarlos al ejército de San Martín, a fin de que procediera al canje de los mismos con patriotas, retenidos por las autoridades realistas en el Perú.

Posteriormente, los comisionados guayaquileños se entrevistaron en Ancón con el General San Martín habiéndose entregado las comunicaciones remitidas

por la Junta de Gobierno presidida por Olmedo. El texto de dicha comunicación es el siguiente:

“El Ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Guayaquil al Excmo. señor General en Jefe del ejército libertador.

“VIVA LA PATRIA

“Excmo. Señor.

“Al amanecer el día 9, brilló para nosotros la aurora de la libertad.

“El pueblo unido a las tropas de esta plaza han proclamado la independencia de esta provincia. Este plausible acontecimiento tanto tiempo suspirado por todos los buenos vecinos de esta ciudad se ha verificado con tal orden, que ni una sola gota de sangre ha salpicado el estandarte de la Libertad.

“Nuestros puertos, como nuestros brazos están abiertos para nuestros hermanos y amigos que deben ayudarnos a mantener nuestra resolución que se ha realizado no con tumultos ni muertes, sino como una fiesta pública.

“Este ayuntamiento patriótico se adelanta a poner en conocimiento de V.E. este glorioso suceso por lo que puede interesar a sus operaciones militares, y para que una armoniosa combinación apresure el destino de América.

“Reciba V.E. los sentimientos de respeto, amor y gratitud de toda esta Provincia.

“Sala de Ayuntamiento de Guayaquil, octubre 10 de 1820.

Excmo. Señor,
José Joaquín de Olmedo, Jefe Político.
Manuel José de Herrera,
Gabriel García Gómez,
José Antonio Espantoso,
Pedro Santander,
José Maldonado,
Bernabé Cornejo y Avilés,
Jerónimo Cerda,
Manuel Ignacio de Aguirre,
José Ramón Méndez,
Francisco de Marcos,
Juan José Casilari
José Villamil,
José Ramón de Arrieta, Secretario”.

El Teniente Coronel don Gregorio Escobedo, a quien la Junta de Gobierno le encargó el mando de las tropas patriotas revolucionarias, aprovechando del

viaje de los comisionados guayaquileños, remitió con ellos un Oficio al General San Martín en el que exponía en términos generales el desarrollo de los acontecimientos que culminaron con la revolución y cuyo texto está concebido en los siguientes términos:

(10 de octubre de 1820)

“El Comandante General de las armas de la ciudad de Guayaquil al Excmo. señor D. José de San Martín.

“Excmo. Señor.

“Tengo el honor de comunicar a V.E. que la suerte me ha proporcionado dar a la patria un día de gloria.

“En la madrugada del día 9 con todas las tropas de esta guarnición y auxiliado de este patriótico vecindario, he procedido a tomar los cuarteles y puntos fuertes de la plaza, a deponer las autoridades y Jefes (sic) militares; y establecer provisionalmente un Gobierno que lleve adelante un sistema conforme a los sentimientos y bien general de la América.

“Los sucesos se han precipitado unos sobre otros, y no me han dado lugar para descansar de las fatigas necesarias de estos días memorables. Por tanto, no puedo dar a V.E. un detal (sic) de todas las operaciones y de todos los resultados. Me contraigo sólo a anunciar a V.E. con el mayor placer que se ha nombrado un Jefe Político que dirija todo lo gubernativo de la provincia; se ha confirmado todo el ayuntamiento que estaba nombrado popularmente que se me ha elegido por Comandante General de las armas, que se ha instalado una junta provisional de guerra y que reina el mayor orden y tranquilidad en este pueblo que desea ansiosamente ver entrar por un puerto buques coronados con el pabellón de la Patria y nos conduzcan los auxilios que juzgue V.E. necesarios a sostenerlos con firmeza.

“Todos los oficiales que se han comportado con el mayor honor, y con la constancia que caracterizan a todo buen patriota.

“Estos pliegos los conduce en la goleta “Alcance” el capitán con grado de Teniente Coronel D. Miguel Letamendi, cuya decisión y cooperación en esta hermosa insurrección son muy recomendables.

“Aprovecho esta ocasión para ofrecer a V.E. mis sentimientos y probarle la alta consideración con que soy de V.E.

“Guayaquil, octubre 10 de 1820, primero de nuestra libertad.

“Excmo. señor (firmado) Gregorio Escobedo.

“Excmo. Señor General D. José de San Martín”

(Publicado en la pag. 4 de la GACETA MINISTERIAL EXTRAORDINARIA DE CHILE, número 22, Santiago, Lunes 4 de diciembre de 1820)

Villamil y Letamendi sostuvieron con el General San Martín varias entrevistas y a través de las cuales hicieron conocer al Libertador pormenores del movi-

miento surgido en Guayaquil, pidiéndole además recursos especialmente en armamento, a lo que accedió San Martín ordenando entregar a los comisionados guayaquileños 150 carabinas, como primer aporte, al que seguirían otros tantos una vez que la situación de las armas patriotas en el sur mejorara.

Además, entregó una significativa comunicación para Olmedo, Presidente de la Junta de Guayaquil, el mismo que venía a constituir una respuesta a la participación que le remitiera Olmedo con los comisionados. El mensaje de San Martín congratula a los guayaquileños al mismo tiempo que les promete toda clase de ayuda para mantener la revolución y si es posible extenderla por el territorio de la Audiencia de Quito.

San Martín acreditó igualmente al Coronel Tomás Guido, argentino y al Mayor Luzuriaga, en calidad de representantes diplomáticos ante la Junta.

Cumplida su misión con todo el éxito deseado, los comisionados se embarcaron nuevamente en la "Alcance" con rumbo a Guayaquil, habiéndose embarcado también los dos militares que San Martín había acreditado con funciones diplomáticas.

La situación de las armas patriotas en el Norte no era menos difícil que en el Sur. El Libertador si bien se había cubierto de gloria en lo que pudiéramos llamar la reconquista de Venezuela y muy particularmente con la singular hazaña de la batalla de Carabobo, se enfrentaba en territorio colombiano con una serie de obstáculos, que le impedían su marcha hacia el Sur, pese a Bomboná otro triunfo obtenido por su ejército expedicionario, se detuvo por mucho tiempo en la campaña de Pasto, pueblo eminentemente realista que se alimentaba con refuerzos militares enviados desde Quito y que su resistencia tan prolongada retardaba la marcha de Bolívar hacia el Sur.

La avanzada del ejército patriota que acosaba ya a Pasto, recibió por intermedio del Capitán C. J. A. Muñoz el mensaje de la Junta de Guayaquil, participándole del estallido de la revolución lo cual fue recibido con significativas muestras de júbilo, en razón de que ésto era un inequívoco presagio de que muy pronto se podría iniciar simultáneamente desde Guayaquil, mediante el envío de refuerzos desde Buenaventura, para que iniciara la campaña libertadora de la antigua Presidencia de Quito.

El Capitán Mayor Muñoz por su parte informó plenamente de la situación de Guayaquil en el Cuartel General del Ejército expedicionario de Colombia, entregándole además el mensaje que con este mismo fin remitía Olmedo, y cuyo texto es el siguiente:

"Por las notas oficiales que pasará a V.S. el señor Capitán Mayor C.J.A. Muñoz se impondrá V.S. de la situación de esta plaza y de la disposición de toda la provincia en sostener su Independencia. Nuestra situación puede acelerar la suerte de esta parte de la América entre Popayán y el mar hasta la costa de Túmbes, especialmente cuando Cuenca es ya libre, y cuando una división protextora que remitimos a Quito está ya a las puertas de la ciudad, y todas las provincias comarcanas respiran ya bajo los auspicios de la libertad.

“Este Gobierno se apresura a poner en conocimiento de V.S. esta importante situación por lo que debe influir en sus operaciones militares —Dios y Libertad—. Guayaquil, noviembre 22 de 1820. José Joaquín de Olmedo, Presidente de la Junta de Gobierno - C. General del Ejército (sic) expedicionario de Colombia contra Quito”.

El 14 de noviembre la goleta “Alcance” anclaba nuevamente en la ría de Guayaquil, habiendo sido recibidos sus tripulantes entre ellos Villamil y los militares sureños con especiales muestras de simpatías por los miembros de la Junta de Gobierno y más autoridades militares de la plaza.

En esta forma se realizó el primer contacto de carácter diplomático y político del Gobierno de Guayaquil con el protector San Martín en el Sur y con él Bolívar y el Cuartel General del Ejército expedicionario del Norte cuyas huestes tenían como objetivo, después de vencer la resistencia de Pasto, llegar a Quito.

Por iniciativa del Coronel Luis Urdaneta, la Junta gubernativa de Guayaquil, decretó la acuñación de una medalla conmemorativa al glorioso acontecimiento, la misma que sería entregada a los que habían actuado en la gloriosa gesta, que culminó con el 9 de octubre.

La primera de estas medallas por resolución de la misma Junta le fue conferida al General San Martín, en vista de que diez habían sido los líderes de la revolución y ante el complejo problema de otorgarla por los merecimientos a uno sólo de ellos, se optó por conferirla al protector con lo cual quedó resuelto tan difícil como enojoso problema.

Al comunicar mediante carta datada el 9 de diciembre de 1820, Olmedo le participa a San Martín tan honrosa otorgación y lo hace en los siguientes términos:

“El Ayuntamiento patriótico de esta ciudad decretó diez medallas de oro para los que se distinguieron en procurarnos la Independencia, que era el voto general de este pueblo. V.E., al poner el pie en el suelo de los Incas, dio un impulso tan eficaz a este movimiento que se le puede considerar como el primer promovedor de la transformación del país; y de justicia se le debe la primera de las medallas consagradas a nuestros libertadores.

“Esta Junta de Gobierno, de acuerdo y con indicación del Ayuntamiento, hace esta ofrenda a la virtud y al valor; y espera que V.E. se digne admitirla con el aprecio conque los héroes de las antiguas repúblicas, recibían del pueblo una silvestre rama de Laurel”.

He aquí a grandes rasgos, las primeras gestiones de carácter internacional que realizara la Junta de Gobierno instalada en Guayaquil con relación a las dos corrientes libertadoras que en 1820 convergían hacia el centro del Litoral de la América del Sur, cuyas costas las baña el Pacífico.

La independencia de Guayaquil, al mismo tiempo que resolvió su propia liberación, facilitaba a estas dos corrientes su contacto, así como fue el asiento de donde partió la expedición militar, cuyo objetivo fue la libertad de las demás poblaciones que se encontraban en el interior del Callejón Interandino.

Después de la batalla de Pichincha y la incorporación de Quito a Colombia, Bolívar llegó a esta última ciudad donde supo que en Guayaquil los amigos de San Martín, habían realizado una hábil campaña en favor de sus objetivos, cual era la incorporación de ese puerto al Perú.

Aprovechando su permanencia en Quito, el Libertador escribió una significativa carta a San Martín, dándole a conocer la situación de Guayaquil y la única solución que quedaba en este problema, según su opinión, era que la ciudad se incorporara a Colombia.

San Martín le acusó recibo, agradeciéndole los generosos ofrecimientos que le había hecho, de auxiliarle en tropas y pertrechos para que siga su campaña libertadora en el sur y le anunciaba igualmente, que el 18 de julio de 1822, saldría rumbo a Guayaquil, para conferenciar con él.

Adelantándose incluso a la fecha antes indicada, San Martín se embarcó desde El Callao, a bordo de la goleta La Macedonia, a fin de tomarle de sorpresa a Bolívar, y tratar en el puerto de levantar sus sentimientos anexionistas al Perú. San Martín al tocar suelo guayaquileño, recibió la noticia que el Libertador se encontraba ya en el mismo. Desde Guayaquil, Bolívar le dirigió una misiva a San Martín, quien estaba a la entrada del Golfo, invitándole una vez más, a llegar hasta el puerto.

“Con suma satisfacción dignísimo amigo, doy a Ud. —le dice Bolívar—, por primera vez, el título que mucho tiempo le ha consagrado mi corazón. Amigo le llamo y este nombre será el que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es lo único que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opinión... ¿Cómo es posible que venga usted de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible tocar?”

“Yo espero a usted y también iré a encontrarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad. Pocas horas como usted dice, bastan para tratar entre militares; pero no serían bastantes para satisfacer la pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que le amaba sólo por la opinión, solo por la fama...”

San Martín desembarcó en Guayaquil el 25 de julio de 1822, antes del medio día, dándose el célebre abrazo en el malecón, a orillas del legendario Guayas. Según la opinión del historiador argentino Don Ricardo Rojas, en su importante libro “La Entrevista de Guayaquil”, después de este acto el protector estuvo en su alojamiento donde habló con Bolívar y recibió delegaciones que vinieron a saludarlo. Concluidas dichas atenciones, pasó a la casa de Bolívar para retribuirle la recepción que éste acababa de hacerle. Esa noche cenó con sus edecanes y se retiró a dormir. El día 26 ordenó que le reembarcaran su ligero equipaje; pero quedó en la ciudad unas horas para asistir al banquete y al baile que le ofreció Bolívar.

A la madrugada del 27 se retiró con sus edecanes para tomar el bote en el Guayas y emprender su regreso. Bolívar le preparó a su huésped el mejor alojamiento que podía brindarle en Guayaquil.

Respecto a los puntos tratados y los resultados obtenidos en esta célebre conferencia, nos es placentero en esta oportunidad publicar la nota que don J. G. Pérez, Secretario Privado del Libertador, envió al Intendente del Departamento de Quito, dándole plena información sobre estos particulares, en forma reservada. He aquí el documento en mención:

“Cuartel General de Guayaquil, a 29 de julio de 1822. Al señor Intendente de Departamento de Quito. Reservada. Señor General:

“Tengo el honor de participar a V.S. que el 26 a las 9 de la mañana entró en esta ciudad S.E. el Protector del Perú.

“El Protector, luego que vio a S.E. el Libertador a bordo del buque que lo conducía le manifestó del modo más cordial los sentimientos que le animaban de conocer al Libertador, abrazarle y protestarle una amistad íntima, sincera y constante. Felicitó a S.E. el Libertador por la constancia admirable en la causa que defiende en medio de las adversidades que ha experimentado y por el triunfo que ha coronado su heroica empresa; en fin el Protector manifestó a S.E. el Libertador de todos modos, su amistad colmándole de elogios y de exageraciones lisonjeras.

“S.E. Libertador contestó del modo urbano y noble que exigen en tales casos la justicia y la gratitud.

“El Protector se abrió a las conferencias más francas que se redujeron principalmente a las siguientes:

“A las circunstancias en que se ha encontrado últimamente esta provincia en razón de las Opiniones Políticas que la han agitado. Espontáneamente dijo el Protector a S.E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil en los que no tenía la menor parte y que la culpa era de ellos, refiriéndose a los contrarios. S.E. le repuso que se habían llenado sus deseos de consultar este pueblo; que el 28 se reunían los Electores y que contaba con la voluntad del pueblo y la pluralidad de los votos en la asamblea. Con esto varió de asunto el Protector y siguió tratando de negocios militares y de la expedición que va a marchar.

“El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza, que había dejado un pliego cerrado para que lo presentasen al Congreso renunciando el protectorado y que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él; que luego que ganara la primer victoria se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del gobierno; que éste no debía ser democrático porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo que debería venir de Europa un príncipe solo y aislado a mandar el Perú. S.E. contestó que en América no convenía ni a Colombia tampoco la introducción de príncipes europeos porque eran partes heterogéneas a nuestra masa y que por su parte S.E. se opondría a ello si pudiese, más sin oponerse a la forma de gobierno que cada uno quiera darse. S.E. repuso todo lo que él piensa sobre la naturaleza de los gobiernos refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del príncipe sería para después.

“Es de presumirse que el designio que se tiene en el Perú es el de erigir una monarquía sobre el principio de darle la corona a un príncipe europeo con el fin sin duda de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el país o más fuerza que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros, ninguno está más lejos de ocupar tal trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.

“El Protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos como la existencia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para residencia de la Federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí, Buenos Aires por falta de unión y de sistema. Ha manifestado que nada desea tanto como el que la Federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros Estados.

“El Protector piensa que el enemigo es menos fuerte que él y que aunque sus jefes son audaces y emprendedores, no son muy temibles. Inmediatamente va a abrir la campaña por intermedio de una expedición marítima y por Lima subiendo la capital con su marcha de frente.

“El Protector desde las primeras conversaciones dijo espontáneamente a S.E. que la materia de límites entre Colombia y el Perú se arreglaría satisfactoriamente y no habría dificultad alguna; que él se encargaba de promover en el Congreso, donde no le faltarían amigos, este negocio.

“El Protector ha manifestado a S.E., que pida todo lo que guste al Perú, que él no hará más que decir sí, si, si a todo y que él espera otro tanto de Colombia. La oferta de sus servicios y de su amistad es ilimitada manifestando una satisfacción y una franqueza que parecen sinceras. La venida del Protector a Colombia no ha tenido un carácter oficial, es puramente una visita la que ha hecho a S.E. el Libertador, pues no ha tenido ningún objeto político ni militar no habiendo hablado siquiera de los auxilios que ahora van de Colombia al Perú.

“Ayer al amanecer marchó el Protector manifestándose a los últimos momentos tan cordial, sincero y afectuoso por su Excelencia como desde el momento en que lo vio.

“El Batallón Vencedor en Boyacá y el Batallón Pichincha se han embarcado ayer para seguir al Perú. Antes se había embarcado el Yaguachi para el mismo destino. Estos tres cuerpos ascenderán a mil ochocientos hombres que tiene la antigua Numancia llamada hoy Voltígeros de la Guardia formarán la División de Colombia, auxiliar del Perú.

“S.E. ha dispuesto que el Regimiento de Dragones del Sur del mando del Coronel Cestari venga a esta ciudad cuya orden se le ha comunicado ya. Dios guarde, etc. J. G. Pérez (rubricado)”.

ADICION (2). Mañana se reúne la Junta Electoral de esta provincia para decidir formal y popularmente su incorporación a Colombia. Probablemente no habrá un voto en contra y aquí los negocios tomarán el curso regular en que deben quedar para siempre bajo nuestro sistema constitucional. PEREZ (rubricado)”.

Las conferencias entre los dos titanes de la independencia americana versaron como se ve sobre los siguientes asuntos:

En primer término, se trató de la futura forma de gobierno que adoptarían las diversas ex colonias de España en América. Según la mayoría de las versiones, acerca de estas pláticas entre los dos grandes Capitanes, San Martín sostuvo con gran énfasis la monarquía, particularmente para los pueblos con el Perú, que se mostraban reacios a abandonar las antiguas formas clásicas de gobierno, aunque reconoció que otros, como el caso de la Argentina, se mostraban decididos republicanos. Bolívar por su parte, se mostró desde el primer momento inflexible en sus postulados eminentemente republicanos y democráticos sin ninguna clase de reservas.

En esta Conferencia, se discutieron pues estas dos formas de Gobierno y naturalmente triunfó la que puede ser considerada como un mal menor y que sustentaba Bolívar, quien por lo demás tenía la fuerza en la mano, que era por sí, una razón convincente y muy poderosa.

Posteriormente abordó el problema de Guayaquil, mientras algunos historiadores ponen de relieve, el enorme interés, que tuvieron estas conferencias puesto que en ellas, se discutió quizás el mayor problema como el de la incorporación de Guayaquil, sea al Perú o a Colombia otros no menos documentados, niegan su valor por este solo hecho: en efecto, manifiestan San Martín, no tuvo ese enorme interés que algunos le atribuyen por el asunto de Guayaquil, tanto más, si se tiene en cuenta que cuando arribó el Protector, ya Bolívar con su presencia había de hecho, incorporado la Provincia a Colombia y sólo faltaba que simbólicamente una Asamblea que inclusive estaba convocada para el 28 de julio, ratificara mediante votación el estado de hecho que desde días anteriores ya gozaba el puerto, es decir, seguir siendo colombiana, votación que dígase de paso, estaba plenamente asegurada.

En cambio, en lo que tiene relación a la Confederación entre todas las antiguas colonias españolas, los dos estadistas estuvieron plenamente de acuerdo, en propugnar, aunque también vieron con bastante escepticismo, lo difícil de la empresa, por lo que estudiaron que quizás lo más factible por lo menos en esas circunstancias era conseguir como primer paso hacia la realización del grandioso proyecto, comenzar con la unión entre Colombia la Grande y el Perú, designando para tal eventualidad la ciudad de Guayaquil como sede de la magna Asamblea de representantes de los dos países, que estructuraría la verdadera unión política y militar de ambos países y que serviría como ya dijimos anteriormente, de núcleo desde donde se irradiaría la acción federativa hacia el resto de Hispanoamérica.

En lo que respecta a los límites, entre Colombia y el Perú, San Martín habiéndose enterado plenamente de ellos, y que impedido de reconocerlos de suyo propio, en forma oficial, prometió conseguir a través de sus amigos, en el Congreso peruano, la ayuda necesaria para que se aprobaran instrucciones favorables, en el reconocimiento de los derechos de Colombia, basados en la Cédula de 1740.

El Protector, igualmente apoyó la idea de celebrar conferencias en Bogotá, como lo propuso Colombia, con una Comisión española.

Pero lo que todos los historiadores y estudiosos de la Conferencia de Guayaquil están unánimes en afirmar, es que el objetivo que trajo a San Martín, para su entrevista con Bolívar, en Guayaquil fue sin lugar a la menor duda, el de buscar el más amplio apoyo de parte de Colombia en cuanto a auxilio que le podría proporcionar tanto en hombres como en ayuda financiera para proseguir la campaña de liberación del Sur, especialmente del Perú, en cuyo territorio y en el Alto Perú, se encontraban concentrados los mejores cuerpos militares realistas, frente a los cuales igualmente figuraban elementos de los más calificados en cuanto a oficiales de Estado Mayor español, lo que impedía hasta ese momento continuar las operaciones para desalojarlos. San Martín, frente a esta dura realidad solicitó, inclusive que Bolívar tomara a su cargo esta campaña, convirtiéndose él, en su subalterno, si era necesario para que las armas patrióticas alcanzaran su irrestricto apoyo del Libertador. Bolívar, como es fácil imaginarse, rechazó la petición del Protector, en cuanto a enrolarse como simple soldado de su campaña, por lo que San Martín no tuvo otra solución que optar, que la de retirarse de la carrera militar y por ende, dejar sin titular al Ejército patriota del Sur, imposibilitado como se encontraba de llevar adelante, falto de los recursos necesarios, la antes referida campaña, gesto que facilitó posteriormente para que Bolívar asumiera, llamado por los peruanos, el mando de la misma y libertara al Perú, en las batallas de Junín y Ayacucho.

El abrazo de Guayaquil hizo sonar entonces la hora decisiva para las campañas militares de la emancipación americana. Eran los tiempos en que, como dijo bellamente en 1845, don Bartolomé Herrera “toda la América, todos los hijos de España, se movieron a un tiempo en su regazo, donde tenían una situación contraria ya a la naturaleza y al libre juego de sus miembros”. En nuestros días a siglo y medio de distancia de aquella fecha, ya en la paz y en la gloria de la soberanía de veinte pueblos hispánicos, el abrazo de Guayaquil es un perfecto símbolo de la armonía que debe reinar entre todos los hijos de España, conscientes de su origen común y orgullosos de su estirpe. Tras un siglo de vicisitudes, corridas tal vez por separado, los pueblos hispanoamericanos ven en el abrazo de Guayaquil, a la imagen de una soñada reintegración familiar más estrecha para hacer mucho camino juntos en su seguro porvenir.

La Conferencia de Guayaquil, además de nuestra opinión viene a constituir nada menos, que la precursora de esta nueva modalidad, que han adoptado las Cancillerías en los días en que vivimos, cual es la entrevista personal de los dirigentes de los Gobiernos de las grandes potencias, inclusive eliminando a los intermediarios, como sean los Embajadores en Misión Especial o a los propios diplomáticos acreditados ante los respectivos Gobiernos, concertando previamente una cita, a base de una agenda que ha sido debidamente preparada y discutida lo suficientemente por agentes oficiosos, que envían, con los expertos del otro país, quienes dejan los puntos fundamentales para la resolución final de la entrevista.

Las entrevistas del Presidente Nixon con los dirigentes del Gobierno chino y soviético, son ejemplos elocuentes de estas entrevistas que a diario celebran los Presidentes y Cancilleres, en un mundo convulsionado con tantos problemas, modalidad que a nuestra opinión tuvo como precursora la célebre conferencia de Guayaquil, entre Bolívar y San Martín, en 1822.

El Gobierno del Ecuador en 1948, presidido por el ilustre Magistrado Dr. Carlos Julio Arosemena Tola, tuvo la magnífica iniciativa de gran significado fraternal, de expedir un Decreto cuya parte esencial reza textualmente: "Considerando que es necesario estrechar los vínculos de solidaridad que unen a los pueblos hispanoamericanos, fundados en la comunidad de origen y cultura y en el hecho de haber nacido a la vida independiente gracias al genio y al esfuerzo heroico de unos mismos libertadores; que persiguiendo la misma finalidad apuntada, debe señalarse un día para que, cada año, se lleven a cabo actos que alienten en el sentimiento de estos pueblos el recuerdo de las glorias comunes y fortalezcan la conciencia de unidad vigorosa y constructiva y la fe en los ideales de solidaridad hispanoamericana, acariciados por los Libertadores de América; y que el 26 de julio de 1822, Bolívar y San Martín se entrevistaron en Guyaquil y, en abrazo fraterno, fusionaron ideales y heroísmo, sacrificios y glorias; abrazo que simboliza el continuado esfuerzo de los Estados Hispanoamericanos por estructurar una comunidad que afiance su prosperidad y su grandeza".

Desígnase el 26 de julio, "Día de la Fraternidad Hispanoamericana". Enarbólose en tal día el Pabellón Nacional en todos los edificios públicos y díctense en los centros educacionales, culturales y militares, conferencias alusivas a la fecha y explicatorias de la génesis de esa celebración anual, haciendo resaltar la necesidad de unión y colaboración entre los Estados Hispanoamericanos.

LA PRIMERA BOTICA DE MARACAIBO

Por JOSÉ RAFAEL FORTIQUE

En Venezuela, al igual que en la mayoría de los países, el ejercicio de la farmacia, tan estrechamente ligado al de la medicina, al principio estuvo en manos del médico. Esta dualidad médico-boticario apareció en los días iniciales de la Conquista, cuando los galenos tenían que preparar ellos mismos los remedios que necesitaban los enfermos, y continuó sin cambios durante el período colonial: el médico visitaba a los pacientes y luego, en su casa de habitación, se daba a la tarea de componer medicamentos: tenía, pues, mucho de boticario.

El rey Felipe II, el 12 de febrero de 1579, ordenó: "Que los Protomédicos no den licencia en las Indias a ningún boticario si no pareciera personalmente ante ellos a ser examinado, y los hallaren hábil y suficiente para usar y ejercer"; pero como en Venezuela no existía ni Protomedicato ni la correspondiente Facultad universitaria de Farmacia, el Cabildo era el encargado de dar la aprobación para abrir una botica, sin mayores miramientos ni exigir muchos requisitos. En las Actas del Cabildo caraqueño figura el año 1649 como el de la fundación de la primera botica pública en la ciudad, establecida por "Marcos Porttero, Votticario", casado con doña María Arias, y fallecido en Caracas en 1659. Al crearse el Protomedicato, el 14 de mayo de 1777, los boticarios debían presentarle sus cre-